

# **PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE LUGO**

**5 de abril de 2014**

*Manuel Silva García*

Muy buenas tardes

Antes de nada, muchísimas gracias, de todo corazón, a la Junta de Cofradías de Semana Santa de Lugo -y muy especialmente a su Presidente-Coordenador General, don Ramón Basanta, y a la Secretaria, doña Isabel Lagares- por la invitación que me hicieron para estar hoy aquí como pregonero de la Semana Santa de Lugo 2014.

He de confesarles que la invitación, a la vez que fue para mí una gran sorpresa -por inesperada-, me alegró mucho y me hizo muy feliz.

Me honra sobremanera la presencia del prelado lucense. Se lo agradezco mucho, monseñor.

De igual modo, me siento muy honrado y agradecido por la asistencia del señor alcalde de Lugo, del subdelegado del Gobierno y de la representante de la Diputación provincial.

Y mi más sincero agradecimiento, también, a todos ustedes -que están esta tarde aquí, en este Salón Regio del emblemático Círculo de las Artes- por su asistencia y por su paciencia.

---

Cuando cumplí 12 años en 1955, para mí Lugo iba a ser una ciudad ‘de paso’. De paso, porque por ella tendría que pasar para ir al Seminario de Mondoñedo.

Y es que yo nací en Moldes, una parroquia del ayuntamiento de Melide, en la provincia de A Coruña. Pero, si bien la comarca de Melide dependía -y depende- civilmente de A Coruña, eclesiásticamente era un ‘enclave’ de la Diócesis de Mondoñedo.

Y esto, geográficamente hablando, era un verdadero sinsentido, puesto que Melide -considerado *a cerna* de Galicia- está situado a 50 kilómetros de Lugo, donde había entonces y hay ahora un Seminario. Está situado a otros 50 kilómetros de Santiago, donde también había entonces y sigue habiendo ahora otro Seminario. Sin embargo, los avatares jurisdiccionales hicieron que la comarca de Melide dependiera de la diócesis de Mondoñedo, que se halla a más de 130 kilómetros de distancia.

Por eso, de la mano de mi padre, nos subimos en Melide al autobús de la empresa Freire, haciendo transbordo en Lugo a la empresa Ribadeo, que nos llevaría a Mondoñedo. Pero nuestra sorpresa fue mayúscula cuando el Rector nos informa de que yo no podía ingresar allí porque hacía muy poco -un mes o dos, aproximadamente- que el famoso ‘enclave’ que Mondoñedo tenía en la Terra de Melide había desaparecido y que ese territorio pertenecía ya a la Diócesis de Lugo.

De prisa y corriendo, hicimos los trámites correspondientes para poder ser admitido en el Seminario de Lugo. Y fue así, como en octubre de 1955 volvimos a subirnos en Melide al autobús de la empresa Freire, con un baúl y un colchón para, en esta ocasión, quedarnos en Lugo.

Y -entrando ya en materia- les voy a contar que mi primer encuentro con la Semana Santa de Lugo fue, por tanto, en 1956, Semana Santa que dejó en mi alma una huella tan profunda e indeleble como la que deja el hierro candente del dueño de una res cuando la marca.

Y les voy a decir porqué:

En terminología futbolística, los ‘ojeadores’ musicales del Seminario -como, al parecer, no desentonaba demasiado- me ‘ficharon’ como tiple para la *Schola Cantorum*.

Pues bien, formando parte de la *Schola* fue como me encontré, cara a cara, por primera vez, con la Semana Santa de Lugo.

Como muy bien saben ustedes, el Seminario está casi pegado al edificio que en aquellas fechas albergaba la prisión provincial, y la procesión de la Esperanza hizo su primera parada frente a la cárcel, de la que salió indultado un preso, al que le pusieron un capuchón para garantizar su anonimato. Su liberación se debía a la Virgen de la Esperanza.

La siguiente parada se efectuó a unos 100 metros más adelante, en la calle Ángel López Pérez, frente al Seminario, donde la *Schola Cantorum* interpretó una composición de música sacra.

Miré fijamente, con mis ojos infantiles, a aquel preso de rostro oculto y cuyos delitos yo desconocía, y sentí una emoción que ya nunca pude olvidar. Al mirar a aquel hombre, intuí que aquello era algo sacramental, puesto que fue para mí un signo sensible del perdón y de la liberación. Y ese indulto, y ese perdón, y esa liberación eran debidos al paso de la Virgen de la Esperanza, cuyo símbolo en su guión es una áncora que, cuando el temporal de la vida arrecia, se echa al fondo del mar de nuestras más firmes convicciones para asegurar la embarcación y, de ese modo, salvar a los pasajeros y a la tripulación.

A partir de ahí, Lugo ya nunca más fue para mí lugar de paso. Fue el lugar en el que -junto con la aldea en la que nací- tengo echadas mis áncoras y mis raíces más profundas.

Desde ese año, y desde esa infancia feliz, me sumergí en Lugo y la inmersión fue sincera y total. Aquí en Lugo realicé la mejor inversión y la mayor inmersión de mi vida.

Aquí me sumergí días y semanas, meses y años en clases y estudios; en misas y meditaciones; en cilicios y silencios. Me sumergí en paseos de tardes sin lluvia los jueves y los domingos por la muralla, por la Fervedoira, por el campo de tiro, por la carretera de Ombreiro, por Nadela... Eran paseos en fila -de tres en fondo- con traje de gala: sotana y esclavina; bonete y fajín.

Me sumergí en las aguas remansadas del Miño a su paso por la Tolda (aunque... no bajarán tan mansas hace tan solo dos meses), en las piedras milenarias de la muralla, en el frío de los inviernos sin calefacción... y en la penumbra de la niebla.

Me sumergí también en el *Lucus Augusti* -llamado entonces Instituto Masculino-, en el parque de Rosalía de Castro y en los paseos bajo los tilos, en noches de verano, por la avenida de Ramón Ferreiro.

Y, cómo no, también me sumergí en nuestro querido y ya centenario 'El Progreso', en Radio Lugo-Cadena SER, y en Radio Popular de Lugo-Cadena COPE. (Claro que en los años cincuenta y principios de los sesenta esta inmersión había que realizarla de forma clandestina, porque en esos años, en el Seminario, teníamos prohibido leer periódicos y escuchar la radio).

Me sumergí en la Catedral, en su privilegio de la exposición permanente, en la Adoración Nocturna, en la capilla de la Virgen de los Ojos Grandes y en la de San Froilán, en las procesiones del *Corpus Christi* y de la Semana Santa..., y en las visitas que el Jueves Santo hacíamos a los monumentos instalados en las distintas parroquias de la ciudad.

Recuerdo, con una mezcla de asombro y admiración, la solemnidad con la que se celebraba, especialmente, la procesión de la infraoctava del *Corpus*, con la participación de los alcaldes de las siete provincias que integraron, en su día, el antiguo Reino de Galicia (Coruña, Lugo, Ourense, Santiago, Betanzos, Mondoñedo y Tui); los obispos de las cinco diócesis; el abad de Samos y el Nuncio del Papa en España.

Aquí aprendí mucha disciplina y algo de compromiso y solidaridad. Aprendí lo poco que sé de Latín y Humanidades, de Filosofía y Teología. Aprendí que el cielo y el infierno no están ni arriba ni abajo, sino que están aquí, en la tierra, y que los construimos nosotros -cada día- con los ladrillos y el cemento de nuestras buenas o malas acciones.

Y aquí... oí hablar, por primera vez, -en el curso 1962-1963, en la asignatura de "Historia del Arte y de la Cultura"- del gran imaginero del barroco español Gregorio Fernández, ilustre paisano nuestro nacido en Sarria a finales del siglo XVI. Fue, sin duda, el máximo exponente de la escuela castellana de escultura, porque, afincado en Valladolid desde principios del siglo XVII, fue allí donde hizo sus mejores Cristos agonizantes -en su mayoría, yacentes- y sus Vírgenes dolorosas, así como sus magníficos y famosos pasos procesionales de la pasión, tallas todas ellas elaboradas con un realismo llevado hasta las últimas consecuencias. Un verismo con el que consigue que la madera se haga carne... y sufra; que los músculos se tensen; y que la sangre brote a borbotones de las llagas de la escultura. Ciertamente, sus imágenes revelan un patetismo sobrecogedor, al que contribuye muy eficazmente el sentido de lo cruento aportado por la policromía.

Y, parafraseando el título de una novela de García Márquez, aunque se trataba de la 'crónica de una muerte anunciada' -en este caso por los profetas-, aquí se me estremecieron las carnes al escuchar el relato en el que se da cuenta de como la conjura de judíos y romanos condujo al espantoso desenlace de la Cruz.

Por eso –y siguiendo las informaciones que dieron los ‘periodistas’ de entonces, los cuatro evangelistas, (estos ‘periodistas’, evidentemente, entre comillas)... decía que siguiendo sus informaciones-, aquí aprendí -y tuve que aceptarlo con los ojos de la fe, puesto que a mi razón le repugnaba- como un hombre bueno fue juzgado sin garantías y condenado injustamente a muerte por el sólo ‘delito’ de pasar por la vida haciendo el bien: por defender a la adúltera y a la Magdalena; por hacer curaciones en sábado; por decir que ante el hombre malherido en el camino de Jerusalén a Jericó -o de Lugo a Coruña..., pongamos por caso- no pueden pasar de largo ni curas ni levitas, ni judíos, ni católicos ni protestantes; por expulsar del templo a mercaderes y cambistas, por derribar sus mesas y acusarles de haber convertido la casa de Dios en una cueva de ladrones; por llamar ‘guías ciegos’, ‘raza de víboras’ y ‘sepulcros blanqueados’ a los escribas y fariseos; por resucitar a su amigo Lázaro; por afirmar que él era el Hijo de Dios.

‘Ha blasfemado’, gritaron.

Y se rasgaron las vestiduras.

‘Hay peligro de que crean en él’, dijeron.

‘Pues hay que quitarlo de en medio’, sentenciaron.

Y, emulando al ‘Santo Job’, me atreví a preguntar:

¿Por qué, Señor, permites que te maten?

¿Por qué, sumiso, subes al Calvario?

¿Por qué no te rebelas?

¿Por qué sufren los justos e inocentes?

¿Por qué se mueren tan pronto los buenos,  
mientras duran y perduran los malvados?

Explícame el misterio de la muerte.

Y aquí me aseguraron  
que si el grano de trigo no se muere,  
jamás daría fruto.

Y que para vivir... hay que morir.

Y, con dolor, también aprendí cuán de voluble es el personal, pues lo mismo grita el Domingo de Ramos ‘Hosanna’ que vocifera el Viernes Santo ‘Crucificalo’.

Aprendí como su tesorero Judas lo traiciona, lo vende por treinta malditas monedas y lo entrega con un beso; como su fiel amigo Pedro lo mismo desenvaina su espada en un arrebatado de valentía que poco después se asusta y lo niega por tres veces; como el resto de sus discípulos, asustados como conejos, corren a esconderse.

Y aprendí como en esta hora suprema de la verdad han sido mujeres las que estuvieron ahí, dando literalmente la cara: las que, llorando, salieron valientemente a su encuentro en el camino del calvario; la Verónica que se atrevió a aliviarlo, enjugándole el rostro; y las que estaban junto a la Cruz de Jesús: su madre y la hermana de su madre, María la de Cleofás, y María Magdalena. También estaba -y es de justicia decirlo- Juan, el discípulo a quien Jesús amaba.

Aprendí, igualmente, que el día primero de la semana, muy de madrugada, cuando aún era de noche, María Magdalena fue adonde habían enterrado a Jesús. Y, al ver que estaba removida la piedra del sepulcro, creyó que alguien lo habría llevado a otro lugar. Y, llorando, se quedó allí, junto al monumento.

Poco después vio a un hombre, que ella pensó que podría ser el hortelano. Incluso le llegó a preguntar si había sido él quien había cambiado de sitio a Jesús: “si le has llevado tú, dime donde le has puesto”. Hasta que el supuesto hortelano la miró y pronunció su nombre: ‘María’.

Ella, al reconocer su voz y comprender que era Jesús, quiso abrazarlo, pero él se lo impidió diciendo que no le tocara porque todavía no había subido al Padre. Y le encargó que fuera al escondite de sus discípulos –donde estaban sumidos en la tristeza y en el llanto- para anunciarles que había resucitado.

La primera aparición de Jesús fue a una mujer, a una prostituta arrepentida. Y fue a ella, una mujer, a la que Jesús envió para anunciar a los apóstoles el hecho de la resurrección.

Es significativo que, tras la resurrección, en su nueva dimensión, Jesús no era fácilmente reconocible. Tuvo que pronunciar su nombre -‘María’- para que la Magdalena se diera cuenta. Lo mismo les ocurrió a los discípulos de Emaús, que sólo lo reconocieron al partir el pan. Y es que -y Jesús ya lo había advertido- ahora sería reconocido en los más pobres y necesitados. Todo lo que hagáis a estos (a los pobres, a los enfermos, a los encarcelados, a los parados...), a mi me lo hacéis.

Y la Iglesia, que nació y floreció a raíz de este acontecimiento, sabe mucho de todo esto. Por eso, es impagable la gigantesca labor que realiza día tras día a través de Cáritas, de Manos Unidas y de otras organizaciones.

La Iglesia tiene sembrado el llamado Tercer Mundo de misioneros y misioneras que alimentan almas, pero que también nutren sus cuerpos; que les predicán el Evangelio de Jesús, pero que, a la vez, les enseñan a leer y a escribir; que curan las heridas de sus almas, pero que también les sanan las llagas de sus cuerpos. Son miles y miles los religiosos que, allá, lejos de sus hogares, a lo largo de los siglos, han dejado enterradas su alma y su piel.

Y esto lo hacen sin pedirles carnet de identidad ni preguntarles por su credo político o religioso.

Pero también aquí, entre nosotros, en el Primer Mundo –o en el Segundo (ya no sé en cuál estamos...)-, la Iglesia tiene un ‘ejército’ de sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares ‘defendiendo’ a los más necesitados. Es también impagable su labor en asilos, en comedores sociales y en otras muchas labores asistenciales.



Esto sí que es la caridad en estado puro y es la verdadera y auténtica ‘*com-pasión*’. Y esto sí que es una fructífera fraternidad.

Fue mucho -señoras y señores- lo que yo aprendí aquí. Y es mucho lo que yo le debo a Lugo. Por eso, no saben cuánto les agradezco a las Cofradías que me hayan invitado a pronunciar este pregón. Porque me ha servido para venir a regar las raíces tan profundas que aquí tengo enterradas. Y me ha servido para hacer una catarsis -una purificación, una transformación interior- humana y espiritual.

Permítanme que les aliente y les anime a salir en esta Semana Santa a las calles de Lugo para participar con fervor en las procesiones que tan digna y brillantemente organizan las distintas Cofradías:

La de la Entrada Triunfal de Jesús en Jerusalén –“la Borriquita”-; Virgen de los Dolores; Virgen de la Esperanza; Buen Jesús y Nazareno; Santo Cristo del Perdón y Nuestra Señora de la Piedad; Santa Cena; Desenclavo del Señor; Santo Entierro; Virgen de la Soledad -“As Caladiñas”-; Virgen de la Piedad; Santo Encuentro, y Nuestro Señor Jesucristo Resucitado.

Y..., al hacer este recorrido por las procesiones de la Semana Santa de Lugo, creo que es de justicia tener un recuerdo entrañable y un agradecimiento infinito para Rosita Lourido, fallecida el Día de Reyes del pasado mes de enero. Ella y su hermana Ofelia, también fallecida, fundaron hace 70 años y fueron el *alma mater* de “La Borriquita”. Y, después de setenta años tirando *da borriquiña*, se ganaron a pulso nuestro cariño y nuestro ferviente deseo de que ¡Descansen en Paz!

Beneméritos cofrades: salgan a las calles de Lugo con espíritu solidario y compasivo. Sin que eso signifique, en modo alguno, que se tengan que asumir las responsabilidades y las obligaciones que a otros corresponden. Teniendo claro el significado y las diferencias entre solidaridad, compasión y caridad, por un lado, y justicia, por el otro.

Porque está claro que los poderes públicos no pueden desentenderse y tienen la inexcusable obligación de hacer algo más que los malditos recortes.

A los poderes públicos no se les pide que hagan caridad. Sencillamente, se les pide que gobiernen y que hagan justicia. Sobre todo, justicia social y distributiva. Que den a cada uno lo suyo, y que no dejen a los más débiles tirados en la cuneta.

No pueden permitir que 200 ‘ricos epulones’ sigan regateando hoy las migajas que caen de sus mesas a 2.000 millones de ‘pobres lázaros’, nada más y nada menos que una tercera parte de la Humanidad, que lo está pasando muy mal, según se desprende de los informes de la Organización Internacional del Trabajo (OIT).

Un reciente informe de Cáritas -presentado a la prensa hace tan sólo ocho días- revela que un millón y medio de hogares españoles padecen una situación de exclusión social severa, casi un 70 por ciento más que en el año 2007, y que esta exclusión social severa afecta a más de cinco millones de personas. Según Cáritas, España es el segundo país de la Unión Europea (UE), tras Rumanía, con el mayor índice de pobreza infantil.

Francisco Lorenzo y Guillermo Fernández, técnicos del Equipo de Estudios de Cáritas, subrayaron la urgencia de una “apuesta firme por la cohesión social” y, en este sentido, instaron a las principales fuerzas políticas para que alcancen “un pacto de Estado contra la pobreza”.

Aseguraron que “con 2.600 millones de euros se podría eliminar la exclusión social severa en España, un cifra menor – dijeron- que la que se está barajando para el rescate de las autopistas”.

Es evidente que los poderes públicos tienen que amparar mucho más a pobres y parados. Y tienen que dejar de reunirse tantas veces en tantos foros internacionales para ver cómo satisfacer y complacer a los voraces mercados, los insaciables '*molochs*' de nuestros días. Y tienen que dejar de ser tan complacientes con los corruptos y las corrupciones. Y con los paraísos fiscales.

Pero también es cierto que cada uno de nosotros, en el pequeño metro cuadrado que ocupamos, podemos y debemos hacer algo.

Les animo a que salgan a las calles de Lugo esta Semana Santa con humildad, pero también con el orgullo de quienes están llevando a cabo una causa noble y virtuosa. Conscientes de que todo esto, además de piedad y religión, también forma parte de la cultura de este pueblo, de sus tradiciones y costumbres, de su poso espiritual y cultural.

Salgamos como '*cirineos*' voluntarios y '*verónicas*' compasivas, prestos a aliviar y a echar una mano a quienes están subiendo hoy a su particular calvario con las cruces de una infancia en precariedad, de una vejez en soledad, del desempleo, del desahucio, del engaño de las dichosas preferentes...

Salgamos también --y ya termino-- con la alegría y la esperanza de quienes saben que el dolor y la muerte no son el final del camino, sino que son las llaves que abren la puerta que da entrada al Reino de la Resurrección.

Muchísimas gracias